

pamento, y cubrian la Mesopotamia como una nube de langostas.

Miéntas estábamos en las cercanías de Bagdad, otra caravana de Alepo fué despojada por nuestros aliados; iba cargada de productos de fábricas de Europa, paños, terciopelos, rasos, ambar, coral, &c. Aunque el Drayhy no tomó parte ninguna en aquel saqueo, estaba demasiado en las costumbres de los beduinos para que pensase en oponerse á él.—El bajá de Damasco pidió satisfaccion, pero no la obtuvo; y viendo que necesitaria un ejército de cincuenta mil hombres por lo ménos para hacerse justicia, renunció á sus pretensiones, resuelto á conservarse amigo de los beduinos á toda costa.

Jeque Ibrahim veia realizarse así sus esperanzas aun mas allá de sus mas brillantes previsiones; pero miéntas aun quedaba algo por hacer, no queria tomar un punto de reposo; así fué que, habiendo pasado el Tigris en Abou el Ali, continuamos nuestra marcha y entramos en Persia. Allí tambien habia precedido al Drayhy su reputacion, y continuamente venian á fraternizar con nosotros tribus del pais; pero en nuestro vasto plan no eran bastantes aquellas alianzas parciales, y necesitábamos ademas, asegurarnos la cooperacion del gran príncipe, gefe de todas las tribus persas, el emir Sahid el Bokhrari, que manda hasta las fronteras de la India. La familia de este príncipe es, hace muchos siglos, soberana de las tribus errantes de

Persia, y pretende descender de los reyes Beni el Abas, que conquistaron la España, y cuyos descendientes se llaman todavia los Bokhranis. Supimos que se hallaba en una provincia muy distante, y habiendo el Drayhy convocado á todos los gefes en un consejo general, se decidió que cruzariamos la Persia, pasando lo mas cerca posible de las costas, para evitar las montañas que erizan lo interior del pais, y hallar pastos, aunque precisamente el agua debia escasearnos. En el itinerario de una tribu, es mas importante hallar en el camino yerba que agua, porque esta puede trasportarse, y nada basta á suplir la falta de alimento para los ganados, de que depende la existencia misma de la tribu.

Cincuenta y un dias duró aquel viage, durante los cuales no encontramos ningun obstáculo por parte de los habitantes; pero sufrimos bastante, sobre todo, á causa de la escasez del agua. En una de aquellas ocasiones, Jeque Ibrahim, habiendo observado la naturaleza del terreno y la frescura de la yerba, aconsejó al Drayhy que hiciese cavar la tierra para buscar agua. Los beduinos del pais se rieron de aquella tentativa, diciendo que nunca la habia habido en aquel sitio, y que era preciso enviar por ella á seis horas de camino; pero el Drayhy insistia, diciendo:

—“Jeque Ibrahim es un profeta y es preciso obedecerle en todo.”

Cayóse en muchos puntos á la vez, y efectivamente, á cuatro piés de profundidad se halló una agua escelente; en vista de este feliz resultado, los beduinos proclamaron con aclamaciones, verdadero profeta á Jeque Ibrahim, y milagro su descubrimiento, y poco faltó para que, en el esceso de su gratitud, le adorasen como á un Dios.

Despues de haber recorrido las montañas y los valles del Karman durante muchos dias, llegamos al rio de Karassan, rápido y profundo; habiéndole atravesado, nos dirigimos hácia las costas donde el camino es menos áspero. Hicimos conocimiento con los beduinos del Agiam Estan, que nos recibieron muy bien, y á los cuarenta y dos dias de marcha, despues de nuestra entrada en Persia, llegamos á El Hendouan, donde estaba acampada una de sus mayores tribus, mandada por Hebiek el Mahdan.—Esperábamos que nuestro viage llegaba á su término; pero el jeque nos dijo que el emir Sahid estaba todavía á nueve jornadas de allí, en Merah-Famés en las fronteras de la India; y nos ofreció guías para conducirnos hasta allá é indicarnos los sitios donde se debia hacer aguada. Sin esta precaucion hubiéramos estado espuestos á perecer en aquella última marcha.

Enviarnos correos para avisar nuestra llegada al gran principe y anunciarle nuestras intenciones pacíficas. El nono dia salió á nuestro encuentro,

al frente de un ejército de formidable apariencia, de modo que no sabiamos en el primer momento si aquel alarde de fuerza tenia por objeto hacernos honor ó intimidarnos, y el Drayhy empezaba á arrepentirse de haberse aventurado tan léjos de sus aliados.—Sin embargo, no mostró ningun temor, colocó á las mugeres y los bagages detras de las tropas, y se adelantó con la flor de sus guerreros, acompañado por su amigo el jeque Saker (aquel á quien el año anterior dió el mando en el desierto de Bassora y que habia preparado todas nuestras alianzas durante nuestro viage á Siria).

Pronto se tranquilizaron en punto á las intenciones del príncipe, que separándose de los suyos, se adelantó con algunos ginetes hasta enmedio del llano que separaba á los dos ejércitos. Lo mismo hizo el Drayhy, y ambos gefes se encontraron á mitad de camino, se apearon y se abrazaron con muestras de la mas cordial amistad.

Si no hubiera descrito tantas veces la hospitalidad del desierto, mucho tendria que contar del recibimiento que nos hizo el emir Sahid, y de los tres dias que empleamos en festines; pero para evitar las repeticiones lo pasaré por alto, y solamente diré que los beduinos de Persia, mas pacíficos que los de Arabia, entraron fácilmente en nuestras miras, y comprendieron perfectamente la importancia de los resultados mercantiles que queriamos esta-

blecer con la India;—esto es cuanto teníamos que decirles acerca de nuestra empresa. El emir prometió la cooperacion de todas las tribus de Persia que están bajo su dominio, y ofreció su influencia para conciliarnos las de la India, que le profesan gran consideracion à causa de la antigüedad de su raza y de su reputacion personal de cordura y generosidad. Hizo con nosotros un tratado particular concebido en estos términos:

“ En nombre del Dios clemente y misericordioso, yo, Sahid, hijo de Bader, hijo de Abdalla, hijo de Barakat, hijo de Alí, hijo de Bokhrani, de feliz recordacion, declaro que he dado mi palabra sagrada al poderoso Drayhy Ebn Chahllan, al Jeque Ibrahim y à Abdalla el Kratib.—Me declaro su fiel aliado, y acepto todas las condiciones que se especifican en el tratado general que está en sus manos.—Me obligo à ayudarlos y sostenerlos en todos sus proyectos, y à guardarles un secreto inviolable.—Sus enemigos serán mis enemigos; sus amigos mis amigos.—Invoco al grande Alí, el primero entre los hombres y el amado de Dios, en testimonio de mi palabra.—Salve.

“Firmado y sellado.”

Seis dias pasamos aún con la tribu de Sahid, y tuvimos ocasion de observar la diferencia que existe entre las costumbres de estos beduinos y las

de los nuestros. Los persas son mas mansos, mas sobrios, mas sufridos; pero menos valientes, menos generosos, y sobre todo, menos respetuosos con las mugeres; tienen muchas preocupaciones religiosas y siguen los preceptos de la secta de Alí. Ademas de la lanza, el fusil y el sable, llevan una hacha cuando van à la guerra.

El príncipe Sahid envió al Drayhy dos hermosas yeguas persas, conducidas por dos negros, y éste, en cambio, le regaló una yegua negra de la raza de Nedgdié, llamada Houban Heggin, presente de sumo valor, al que añadió algunos adornos para sus mugeres.

Estábamos acampados no lejos de Menouna, la última ciudad de Persia, à veinte leguas de la frontera de las Indias orientales, en la orilla de un rio que los beduinos llaman el Gitan.

El séptimo dia, habiéndonos despedido de Tahid, nos pusimos en marcha para volver à Siria ántes de los calores del verano. Caminábamos rápidamente y sin precauciones, cuando un dia, en la provincia de Karman, nos fueron arrebatados nuestros ganados, y al siguiente nos atacó una poderosa tribu, mandada por el emir Redaini, que se intitula el guarda del califado de Persia, hombre imperioso y celosísimo de su autoridad. Aquellos beduinos, muy superiores en número, nos eran muy inferiores en valor y en táctica, y nuestras tropas

ademas tenian mucho mejores gefes. La posicion del Drayhy era sin embargo muy crítica, pues si el enemigo alcanzaba la menor ventaja éramos perdidos; todos aquellos beduinos del Karman nos hubieran rodeado, de suerte que no hubiéramos podido escaparnos. Vió, pues, la necesidad de imponerles respeto con una victoria decisiva que les quitase en lo sucesivo la gana de medirse con nosotros, y tomó las mas hábiles y mejor combinadas disposiciones para hacer triunfar al valor sobre el número; desplegó todos los recursos de su ingenio militar y de su larga esperiencia, é hizo personalmente prodigios de valor; nunca habia estado mas sereno en el mando ni mas impetuoso en el combate; así fué que el enemigo vencido tuvo que retirarse, dejándonos en libertad de proseguir nuestro camino. Empero el Drayhy, creyendo que no seria prudente dejar á sus espaldas una tribu hostil aunque batida, suspendió su marcha y envió un correo al emir Sahid, noticiándole lo que acababa de pasar. Volvió á los pocos dias el messenger trayendo al Drayhy una carta muy amistosa, en que venia inclusa otra para Redaini concebida en estos términos:

“En nombre de Dios, el Criador supremo, diríjanse homenajes y respetuosas preces al mas grande, potente, glorioso, sabio y hermoso de todos los profetas, al valiente de los valientes, al

“ grande de los grandes, al califa de los califas, al Señor del sable, al rubí rojo, al convertidor de las almas, al Iman Alí. Esta carta es de Sahid el Bokhrani, el grande de los dos mares y de las dos Persias, y va dirigida á su hermano el emir Redaini, el hijo de Kroukiar: os hacemos saber que nuestro hermano el emir Drayhy-Ebn-Chahllan, del pais de Bagdad y de Damasco, ha venido desde lejos á visitarnos y á contraer alianza con nosotros. Ha caminado por nuestro territorio y comido nuestro pan; le hemos concedido nuestra amistad y ademas hemos contraido empeños particulares con él, de los que resulta un gran bien y una tranquilidad general.—Deseamos que hagais lo mismo;—guardaos de no hacerlo, porque perderiais nuestro aprecio, y obrarais contra la voluntad de Dios y del glorioso Iman Alí.”

Luego seguian varias citas de sus libros sagrados, el Giaffer-el-Giameh y los saludos de costumbres.

Enviarnos esta carta al emir Redaini, que vino á vernos, acompañado de quinientos ginetes; todos ricamente vestidos de paños recamados de oro, sus armas eran riquísimas. Despues de algunas amistosas esplicaciones, Redaini copió de su puño el tratado particular del emir Sahid y le firmó; en seguida tomó el café; pero no quiso comer con noso-

tros, por la razon de que á los fanáticos de la secta de Alí no les es lícito comer ni con cristianos ni con turcos. Para ratificar el contrato, prestó juramento sobre el pan y la sal, y luego abrazó al Drayhy con grandes protestas de fraternidad; su tribu, llamada El Mehaziz, contiene diez mil tiendas. Habiéndonos despedido de él, continuamos nuestro camino à marchas forzadas, andando quince leguas por dia sin pararnos; en fin, llegamos en frente de Bagdad, donde entró Jeque Ibrahim para tomar dinero; pero como el invierno se nos echaba encima, perdimos el menos tiempo posible. En Mesopotamia tuvimos nuevas del wahabi. Ebn Sihoud habia recibido muy mal á su general Heddal despues de su derrota, y hecho juramento de enviar un ejército mas poderoso que el primero al mando de su hijo, para tomar venganza del Drayhy y esterminar á los beduinos de la Siria; pero despues de haberse informado mejor de los recursos que podia oponerle el Drayhy, y sobre todo de su reputacion personal, mudó de language, y resolvió atraerle à sí para ajustar una alianza. Los sucesos esteriore, que se iban complicando, daban mucha probabilidad á estas voces, porque el bajà de Egipto, Mehemet-Alí, preparaba una espedicion para invadir la Arabia Petrea, y apoderarse de las riquezas de la Meca que estaban en manos de Ebn-Sihoud. Sumo placer nos causó la

esperanza, ya de hacer la paz con él, ya de verle debilitado por una potencia estrangera. Continuamente hallábamnos en nuestro camino tribus que no habian tenido todavía ocasion de firmar el tratado y que se apresuraban á firmarle (1). Apenas llegamos á Siria, recibimos un correo del rey de los wahabi que nos traia un pedacito de papel como de tres dedos de ancho y seis de largo, pues afectan emplear la forma mas diminuta para contrastar con los turcos, que escriben sus decretos y tratados en grandes pliegos. Los caracteres árabes ocupan tan poco espacio que en aquel papelillo estaba escrita una larga carta y bastante imperiosa; empezaba por una especie de profesion de fé ó declaracion de que Dios es el único y sin par; luego seguian todos los títulos del rey, á quien Dios ha dado un sable para sostener su unidad contra los idólatras (los cristianos) que dicen lo contrario, y continuaba así:

“Nos, Abdalla, hijo de Abdel Ariz, hijo de Abdel Wahabs, hijo de Sihoud. Os hacemos saber  
“ oh hijo de Chahllan (¡díguese el Dios solo adora-

(1) En Maktal El Abed, encontramos dos tribus, la de Berkaje, mandada por Sahdoum Ebn Wuali, de 1,300 tiendas, y la Mahimen, mandada por Fabad Ebn Salche, de 300 tiendas. Cuando cruzamos el Eufrates, delante de Haiff, hicimos igualmente alianza con Alayan Ebn-Nadjen, caudillo de la tribu Bouharba, compuesta de 500 tiendas.

“ble dirigiros por el camino recto) que si creis  
 “en Dios, debeis obedecer à su esclavo Abdalla,  
 “à quien ha trasmitido su poderío, y venir à ver-  
 “nos sin temor.”

“Sereis nuestro amado hijo, os perdonaremos lo  
 “pasado y sereis tratado como uno de nosotros.

“Pero guardaos de la obstinacion y de la resis-  
 “sistencia à nuestro llamamiento, porque el que  
 “nos escucha es contado en el número de los mo-  
 “radores del paraíso.

“Salve.

“Firmado.

“EL MANHOUD MENALLA, EBN

“SIHOUD ABDALLA.”

Recibida esta carta celebramos un gran consejo de guerra, y despues de haber pesado maduramente todos los peligros del viage y todos los peligros de viage y todas las ventajas de la alianza con Ebn Sihoud, el Drayhy resolvió acudir a su llamada. Habiéndome preguntando jeque Ibrahim si me sentia con aliento para ir à ver à aquel fanático:

“Bien sé, le dije, que aventuro mas que otro  
 “cualquiera, à causa de su odio contra los cristia-  
 “nos; pero pongo mi confianza en Dios; como al-  
 “cabo he de morir y ya hecho el sacrificio de mi  
 “vida, estoy pronto à hacerle de nuevo por llevar  
 “hasta el fin la empresa que he empezado.” El  
 deseo de ver un pais tan curioso y à aquel hombre

extraordinario, aguijaba tambien mi valor; y así, habiendo recomedado mi pobre madre al señor Lascaris para el caso de mi muerte, partí con el Drayhy, su segundo hijo Sadhoud, su sobrino, su primo, dos de los principales caudillos y cinco negros, todos montados en dromedarios. Durante la ausencia de su padre, Saher debia mandar la tribu, y conducirla al Horan, al encuentro del Drayhy, que se proponia volver por el Hegiar. Hicimos nuestra primera parada entre los beduinos Beny Toulab, que no possen, por único caudal, mas que algunos borricos, y viven de la casa de gacelas y avestruces; se visten de pieles de gacelas groseramente cosidas unas à otras, con el pelo hâcia fuera, lo que les hace parecer fieras; nunca he visto un aspecto mas rústico que el suyo. Diéronnos la diversion de una cacería de avestruces, que me interesó mucho. La hembra del avestruz pone sus huevos en la arena, y se instala à corta distancia con la vista fija en ellos, incubândolos por decirlo así, con los ojos, que nunca aparta del nido, y así se està inmóvil la mitad del dia, hasta que el macho viene à relevarla: entonces va à buscar su sustento, mientras aquel hace centinela à su turno. El cazador, cuando ha descubierto un nido forma una especie de parapeto de piedra para esconderse detras de él y aguarda el momento favorable. Cuando la hembra està sola, y se halla el macho bastante distante para no oir el tiro, dispara sobre ella,

corre á levantar el pájaro herido mortalmente, limpia la sangre, y le vuelve á colocar en la misma postura junto á los huevos. Cuando vuelve el macho, se acerca sin desconfianza para relevarla, y entonces el cazador le mata del mismo modo. Si el macho se ha maliciado la asechanza, se aleja corriendo con rapidez, y entonces se le persigue; pero se defiende tirando piedras hácia atrás, á distancia de una bala de fusil y con gran fuerza: seria además peligroso acercarse á él cuando está furioso, pues entonces se tira sobre el cazador. Cuando ha pasado la estacion de la caza de los avestruces, los beduinos montan en burros, y van á vender sus plumas á Damasco y hasta Bagdad.

Cuando uno de ellos quiere casarse, promete la mitad de su caza del año al padre de su novia para pagar su dote. Estos beduinos tienen en gran veneracion la memoria de Antar, de quien se dicen descendientes; pero no sé hasta qué punto puede darse crédito á esta pretension.

Nos recitaron varios fragmentos de su poema.

Luego que nos despedimos de ellos, caminamos á todo el andar de nuestros dromedarios y fuimos á acamparnos en las orillas de un lago de grande estension, llamado Raam Beni Hellal, que recibe sus aguas de una colina que habíamos costeado.

Al dia siguiente llegamos en medio de un árido desierto, y vimos un bosquecillo (*oasis*) formado

por un arbusto llamado *jorfé*, y no distábamos ya de él mas que algunos pasos, cuando se pararon de pronto nuestros dromedarios; creimos al principio que querian descansar en un sitio donde un poco de vegetacion parecia anunciarles agua, pero pronto reconocimos que su repugnancia procedia de un espanto instintivo que se manifestaba con todas las señales de un invencible terror; ni halagos, ni amenazas podian hacerlos avanzar. Escitada mi curiosidad en el mas alto punto, eché pié á tierra para conocer la causa de su espanto; pero apenas entré en el bosque, retrocedí involuntariamente. La tierra estaba cubierta de millares de pieles de serpientes de todos tamaños y de todas especies, unas gordas como cables de navíos; y otras delgadas como anguilas; alejámonos precipitadamente de aquel sitio, dando gracias a Dios de no haber hallado mas que las pieles de aquellos venenosos reptiles. Como no hallábamos á la noche ningun abrigo, tuvimos que pasarla a cielo raso; pero confieso que mi imaginacion, acalorada por el horrible espectáculo del bosque, me impidió cerrar los ojos; á cada instante se me figuraba ver una serpiente deslizarse bajo mi tienda y alzar junto a mi manta su enorme cabeza.

Al dia siguiente llegamos a una tribu considerable, tributaria de los wahabi, que venia de Samarcanda; al instante escondimos nuestras pipas,

porque Ebn Sihoud prohíbe severamente el fumar, y castiga de muerte toda infracción a sus órdenes. El emir Medjioun nos dió la hospitalidad; pero no pudo contener su sorpresa de que tuviésemos valor para ponernos así a merced del Wahabi, cuyo carácter feroz nos pintaba en términos tremendos, y nos aseguró que corriamos grandes peligros, pues Ebn Sihoud no se hacia el menor escrúpulo de emplear falsas promesas para obrar luego con infame traicion. El Drayhy, que lleno de honradez, se habia adelantado sobre la fé del llamamiento del rey, sin imaginarse que fuese posible faltar a su palabra, empezó a arrepentirse de su crédula confianza; pero como su altivez le impedía el retroceder, proseguimos nuestro viage. Pronto llegamos al Nedgdé, pais cortado por valles y montañas, y cubierto de ciudades y aldeas, amen de una multitud de tribus errantes. Las ciudades parecen mas antiguas y atestiguan una poblacion primitivamente mas numerosa y rica que la que actualmente las ocupa. Las aldeas están pobladas de beduinos labradores; el terreno produce en abundancia trigo, verduras y sobre todo dátiles. Dijéronnos que los primeros moradores de aquel pais le abandonaron para ir a establecerse en Africa, al mando de uno de sus príncipes, llamado Beni Hetal.

En todas partes hallamos una franca hospitalidad; pero en todas tambien oimos interminables

quejas de la tiranía de Ebn Sihoud: solo el temor retenia á aquellos púeblos bajo su dominio. En fin, despues de catorce dias de camino al paso de los dromedarios, lo que supone una distancia triple de la de una caravana en el mismo tiempo, llegamos a la ciudad de los wahabi;—la ciudad está rodeada de un bosque de dátiles; los árboles se tocan y dejan apenas entre sus troncos paso para un hombre á caballo; así es que la ciudad se oculta enteramente detras de aquel baluarte, llamado las Palmas de Darkisch. Luego que cruzamos aquel bosque hallamos una segunda trinchera de montones de huesos de dátiles, que parecia un dique de piedrecitas, y detras, la muralla de la ciudad que seguimos para llegar á una puerta que nos condujo al palacio del rey. Este palacio, muy grande y de dos pisos, es de hermosas piedras blancas de silleria. Noticioso de nuestra llegada, Ebn Sihoud nos hizo llevar á una de sus habitaciones, elegante y bien amueblada, donde nos sirvieron una copiosa comida. Este principio nos pareció de buen agüero, y nos alegramos de no haber cedido á los recelos que querian inspirarnos; por la tarde, despues de habernos aseado un poco, fuimos á presentarnos al rey, en quien vimos un hombre de unos cuarenta y cinco años, de ojos feroces, de tez atezada y barba muy negra; llevaba un gombaz ceñido á la cintura con una faja blanca, un turbante listado de rojo y blanco en la cabeza, un machalab negro so-



bre los hombros, y tenia en la mano la varita del rey de Mahlab, insignia de su autoridad; estaba sentado en el fondo de una gran sala de audiencia, bastante ricamente amueblada con esteras, alfombras y almohadones, y rodeado de los grandes de su corte. Los muebles, lo mismo que los trages, eran de algodón ó de lana del Yemen, por estar prohibida la seda en sus Estados, igualmente que todo lo que recuerda el lujo y los usos de los turcos. Tuve tiempo para hacer mis observaciones, porque luego que Ebn Sihoud hubo respondido brevemente y con tono glacial á los cumplimientos del Drayhy, nos sentamos y aguardamos en silencio á que entablase la conversacion. Sin embargo, al cabo de media hora, viendo el Drayhy que no pedia el café ni descogia el ceño, tomó la palabra y dijo:

—“Veo, joh hijo de Sihoud! que no nos recibís como teniamos derecho á esperar. Hemos caminado por vuestras tierras y entrado por vuestro techo convidados por vos: si algo teneis contra nosotros, hablad; nada nos oculteis.”

Ebn Sihoud, lanzándole una mirada de fuego:

—“Sí, ciertamente, respondió, muchas quejas tengo de vos; vuestros crímenes son imperdonables. Os habeis rebelado contra mí y habeis rehusado obedecerme: habeis talado la tribu de Sacer, en Galilea, sabiendo que me pertenecia.

“Habeis corrompido á los beduinos y reuníolos contra mí y contra mi autoridad.

“Habeis destruido mis ejércitos, saqueado mis campamentos y sostenido á mis mortales enemigos los turcos, idólatras, profanadores, malvados y libertinos.”

Luego, animándose y acumulando invectivas sobre invectivas, su rabia rompió todos los diques de la prudencia, y acabó por mandarnos que saliésemos de su presencia para aguardar sus órdenes.

Veia yo inflamarse los ojos del Drayhy é hincharse las narices; á cada instante temia una explosion de cólera que no hubiera servido mas que para acarrearnos desgracias; pero viéndose enteramente sin defensa se contuvo y levantándose con dignidad, se retiró lentamente para reflexionar sobre lo que debia hacer. Todos temblaban ante el furor de Ebn Sihoud, y nadie osaba oponerse á su voluntad. Dos dias y dos noches pasamos en nuestra estancia sin oír hablar de nadie, pues nadie se atrevia á vernos; los que mas fiesta nos habian hecho cuando llegamos, huian de nosotros ó se burlaban de nuestra crédula confianza en la fé de un hombre tan conocido por su caracter pérfido y sanguinario. A cada instante nos esperábamos á ver llegar los satélites del tirano para asesinaros, y en vano buscábamos algun medio de escapar de sus garras. Al tercer dia, el Drayhy, diciendo

que preferia la muerte á la incertidumbre, envió á llamar á uno de los ministros del wahabi, llamado Abou El Sallem, y le dijo:

“Id á llevar de mi parte estas palabras á vuestro amo: *“Lo que querais hacer, hacedlo pronto; no os acusaré y solo me acusaré á mí mismo de haberme puesto en vuestras manos.”*

Obedeció el Sallem, pero no volvió, y por única respuesta, vimos a veinticinco negros armados colocarse junto a nuestra puerta, lo que indicaba que decididamente estábamos presos.

¡Cuánto maldije la insensata curiosidad que me habia metido en un peligro tan gratuito!

El Drayhy no temia la muerte, pero la sujecion le era insoportable; paseábase de arriba abajo a pasos agigantados, como un leon enjaulado; al fin me dijo:

—“Es preciso que esto acabe; voy a hablar a Ebn Sihoud y a echarle en cara su perfidia; veo que la mansedumbre y la paciencia son inútiles, y quiero a lo menos morir con dignidad.”

De nuevo mandó llamar á el Sallem, y apenas le vió:

—“Volved cerca de vuestro amo, le dijo, y anunciadle que por la fé de los beduinos reclamo el derecho de hablar; siempre estará a tiempo para obrar como le plazca, despues de haberme oido.”

Habiéndonos concedido el Wahabi una audiencia, nos introdujo el Sallem, y llegado que hubimos a su presencia, dejónos el rey en pié, y nos dijo bruscamente sin responder al saludo de costumbre:

—“¿Qué quereis?”

El Drayhy, levantando la frente con dignidad, respondió:

—“He venido a veros, oh hijo de Sihoud, fiado en vuestras promesas y sin mas séquito que diez hombres, yo que mando a millares de guerreros! Estamos indefensos en vuestras manos; vos estais en el centro de vuestro poderío y podeis conculcarnos como á la arena; pero sabed que desde la frontera de la India hasta la de Nedgdé, en Persia, en Bassora, en la Mesopotamia, en Hemad, las dos Sirias, la Galilea y el Horan, todo hombre que ciñe el café os pedirá cuenta de mi sangre y tomará venganza de mi muerte. Si sois rey de los beduinos, como pretendéis, ¿cómo descendéis a la traicion? La traicion es el vil oficio de los turcos; la traicion no es para el fuerte, sino para el flaco ó el cobarde. Vos que ponderais vuestros ejércitos y que decís haber recibido del mismo Dios vuestro poderío, dejadme volver a mi pais y pelead conmigo en campo raso, porque, abusando de mi buena fé os deshonrais, os haceis objeto del comun desprecio y

“causaréis la ruina de vuestro reino.—He dicho;  
 “ahora haced lo que gustéis, algun dia os llegará  
 “el arrepentimiento. Yo no soy mas que uno -en  
 “tre mil; mi muerte no enflaquecerá à mi tribu, ni  
 “estinguirá la raza de los Challan. Mi hijo Sa-  
 “hen me reemplazará; él conducirá a mis bedui-  
 “nos y vengará mi sangre.—Estad, pues, preve-  
 “nido y abrid los ojos a la verdad.”

Durante este discurso, el rey manoseaba su barba y se serenaba poco à poco. En fin, despues de un breve silencio:

—“Id en paz, dijo; nada malo os sucederá.”

Retirámonos entónces; pero todavia seguimos guardados con centinelas de vista.

Aquel acto de clemencia tranquilizó à los cortesanos, que habian oido con terror las atrevidas palabras del Drayhy, y se admiraban de la paciencia con que las habia escuchado el tirano; empezaron à irse llegando à nosotros y Abou el Sallem nos hizo comer en su casa. Yo sin embargo no estaba muy tranquilo por mí; oreia en verdad que Ebn Sihoud no se atreveria à llevar las cosas al estremo con el Drayhy, pero temia que achacase todas sus culpas à mis consejos, y me sacrificase, à mí, oscuro *giaour*, à su resentimiento. Comunicué mis temores al Drayhy, que me sosegó jurándome que no llegarian à mí sino hollando su cadáver, y que o saldria el primero por las puertas de Darkise h.

Al dia siguiente nos llamó Ebn Sihoud, nos recibió con mucho agrado y nos mandó servir café; luego empezó à hacer preguntas al Drayhy acerca de las personas que le acompañaban.

Ya llegó la mia, dije entre mí, y el corazon me latió un poco; pero sin embargo me repuse y quando me nombró el Drayhy, me dijo el rey:

—“¿Luego vos sois Abdalla el cristiano?”

Y oida mi respuesta afirmativa:

—“Ya veo, añadió, que vuestras acciones son mas grandes que vuestra persona.

—“La bala de un fusil es pequeña, le dije, y mata à hombres muy grandes.

—“Dificil se me hace, repuso ronriendo, creer todo lo que cuentan de vos. Quiero que me respondais francamente. ¿Cuál es el objeto de esa alianza en que trabajais hace tantos años?”

—“Ese objeto es muy sencillo, le respondí. Hemos querido reunir à todos los beduinos de Siria bajo el mando del Drayhy para resistir a los turcos; ya veis que así formábamos una impenetrable barrera entre vos y vuestros enemigos.

—“Muy bien, dijo; pero si así es, ¿por qué habeis procurado destruir mis ejércitos delante de Hama?”

—“Porque érais un obstáculo para nuestros proyectos, repuso; no era para vos sino para el Drayhy para quien trabajábamos; una vez consoli-

“ dado su poder en la Siria, en la Mesopotamia y  
 “ hasta en la Persia, queremos aliarnos con vos,  
 “ y hacernos de esta suerte invulnerables en la po-  
 “ sesion de nuestra libertad absoluta. Hijos de  
 “ la misma nacion, debemos defender la misma  
 “ causa; a este fin hemos venido aquí para formar  
 “ con vos una union indisoluble. Nos habeis re-  
 “ cibido de un modo injurioso, y el Drayhy os lo  
 “ ha echado en cara, en términos injuriosos tam-  
 “ bien; pero nuestras intenciones son francas y os  
 “ lo hemos probado viniendo sin armas á ponernos  
 “ en vuestras manos.”

Ibase despejando el semblante del rey á medida que yo hablaba; y cuando acabé me dijo:

—“Estoy contento.”

Luego, volviéndose á sus esclavos pidió tres ca-  
 fés y yo di gracias á Dios interiormente de haber-  
 me inspirado: el resto de la visita se pasó muy  
 bien, y nos retiramos muy satisfechos. Por la no-  
 che nos convidó á una gran cena en casa de uno  
 de sus ministros, llamado Adramouti, que nos  
 habló en confianza de las crueldades de su amo  
 y de la execracion con que generalmente se le mi-  
 raba: hablónos tambien de sus inmensas riquezas;  
 las que allegó en el saqueo de la Meca son incal-  
 culables. Desde los primeros tiempos de la Egi-  
 ra, los principales musulmanes, los califas, los sul-  
 tanes y los reyes de Persia envian todos los años

á la sepultura del profeta grandes regalos de jo-  
 yas, lámparas, candelabros de oro, piedras precio-  
 sas, &c., ademas de las ofrendas del vulgo de los  
 fieles. El trono solo, regalo de un rey de Persia,  
 de oro macizo, embutido de perlas y diamantes,  
 era de incalculable valor. Cada príncipe envia un a  
 corona de oro, guarnecida de piedras preciosas pa-  
 ra suspenderla de la bóveda de la capilla, y eran  
 innumerables las que habia cuando Ebn Sihoud la  
 despojó:—un solo diamante del tamaño de una  
 nuez, puesto sobre la sepultura, valia inmensas su-  
 mas. Cuando se considera lo que los siglos habian  
 acumulado en aquel punto único, no sorprende que  
 el rey se llevase cuarenta camellos cargados de pe-  
 drerías, amen de los objetos de oro y de plata ma-  
 ciza. Calculando aquellos inmensos tesoros, y los  
 diezmos que recauda todos los años de sus aliados,  
 creo que se le puede considerar como el monarca  
 mas rico de la tierra, sobre todo si se atiende á que  
 no tiene casi ningun gasto que hacer, á que prohí-  
 be severamente el lujo, y que en tiempo de guerra  
 cada tribu provee á la subsistencia de sus ejércitos  
 y soporta todos los gastos y pérdidas, sin obtener  
 jamas la menor indemnizacion.

Al dia siguiente me sentí tan contento de haber  
 recobrado mi libertad, que fuí á pasearme todo el  
 dia, y á visitar despacio á Darkisch y sus cercanías.  
 La ciudad, construida toda de piedra blanca, con-